

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 30 de Julio de 2013



COADRAGESIMO TERCER CAPITULO. EL CASO RIALTO

- Mire capitán. Aquí está la caja donde guardábamos los casos imposibles.
- **Es cierto Ubiña... ¡mira qué llevábamos años buscándola!**
- Pues fíjese por dónde, que hoy, que estamos limpiando los archivos, aparece. ¿No es casualidad?
- **No lo sé hijo, no lo sé. De todas formas, ya da igual. Los informes que contiene ya no nos sirven para nada. Esos casos están tan muertos como sus protagonistas. No creo que nadie venga ahora a reclamar. Investigamos cuanto pudimos. Incluso yo diría que más.**
- ¿Recuerdas éste? –le dijo Ubiña al capitán mostrándole una carpeta de archivo cubierta de polvo.
- **No sé. ¿El caso Derby? O es el 24-Ra...**

Durante los últimos veinte años, en la comisaría de la Policía Nacional número 2 de Ávila, la que se encuentra en la calle Laguna, se sucedieron un ramillete de casos cuyo destino compartieron todos en última instancia. El Capitán Peñalba dudaba al recordar el caso que, por azar, había sacado Ubiña de aquella caja abandonada en un rincón del archivo de la comisaría. Las carpetas vetustas ya no servían como pista para acertar. Hubo dos casos que estuvieron a punto de convencer al comisario de que lo mejor que podía hacer era abandonar el Cuerpo Nacional de Policía. Peñalba ascendió como comisario hace tan solo dos años. Hasta entonces había sido un simple inspector, como ahora lo era Ubiña. Y éste no era más que un simple policía cuando se sucedieron la mayor parte de los casos que esa caja vieja guardaba. Llevaban buscándolos hacía tiempo. Había detalles de aquellos casos que estaban borrosos. Para refrescar la memoria, Peñalba quería revisar uno a uno todos esos papeles. Pero al no encontrarlos, desistió. Ahora estaba mucho más atareado en su nueva función.

- Sigue teniendo una gran intuición señor comisario. Efectivamente, se trata del Caso Derby. Aún lo recuerdo. Fue la primera vez que tuve la sensación de impotencia como policía.

- **Tenemos tiempo. Traiga el expediente, Ubiña. Vamos a echarle un vistazo, quizás vaya a ser el último, puesto que el hueco que ocupan estos archivos lo necesitamos para otros casos, y éstos ya no pintan nada aquí.**

El comisario tomó el archivo, lo puso sobre la mesa de la sala y arrimó la silla a la mesa. Ubiña permaneció de pie, agachado para ver mejor todo el expediente. Un humilde flexo servía la tímida iluminación en aquella sala. Más parecía a un búnker. El comisario abrió el archivo y de pronto, como si se tratara de un shock, comenzó a recordar cómo comenzó todo.

El Caso Rialto tiene la virtud, rara por otra parte, de ser uno de los expedientes policiales más controvertidos y excepcionales de la historia de la investigación policial en España. Forma parte de aquella “otra historia”. Esa que no se cuenta. Que aparece en los breves de un periódico o un informativo radiofónico, que nadie lee o escucha, que nadie sigue, porque desde el principio, algo raro contamina la noticia. El miedo seco, sordo, aparece como una amenaza al leer o escuchar los hechos tal y como se cuentan. Es muy difícil tener en jaque a un cuerpo de la policía nacional durante meses, para acabar desquiciándolo y vencéndolo. Todo caso archivado sin solución, y cuya trama de investigación no parece llevar a una conclusión racional o coherente, supone una derrota profesional para el investigador.

El comisario Peñalba y el inspector Ubiña comienzan a reconstruir el caso que tienen, otra vez, ante sus narices. Han pasado ya dieciocho años desde que sucedieron los hechos...

Comisario Peñalba: “Mira, fíjate en la foto. Es Luis Rialto junto a su Derby Antorcha. ¡Cuanta lata nos dio la dichosa motito! ¡Cada vez que lo pienso! ¡Fuimos vencidos por una moto vieja! Hay que reconocerlo. A día de hoy sigo sin encontrar solución al asunto.”

Inspector Ubiña: “Lo que yo no recuerdo es cómo empezó todo en este caso. Claro, hace ya demasiado tiempo...”

C.P.: “Aquí está el informe de parte de incidencias. Pero vamos, te lo resumo rápidamente. Luis Rialto, era el propietario de este ciclomotor, un Derby Antorcha. Su mujer, Raquel, llegó preocupada a la comisaría. Denunció la desaparición de su marido. Llevaba dos días sin dar señales de vida. Lo último que sabía era que salió la mañana temprano de hacía tres días. No acertaba a aventurar dónde había ido exactamente. Pero era probable que hubiera ido a la pequeña granja que tenía a unos tres kilómetros de Ávila. Ella fue con algunos familiares. Pero allí no había nadie. Y por lo que vieron, nadie parecía haber estado allí en días.

Entonces nos fuimos al lugar para ver qué podíamos encontrar. No utilizamos la vía convencional, la carretera asfaltada y el camino de grava por el que se llega a la granja. Fuimos por un camino rural cuyo recorrido era más largo y más incómodo por el estado del terreno. A unos doscientos metros de llegar al lugar, algo nos despistó de repente. Vimos unos reflejos que nos deslumbraban. Parecían subir para arriba. Paramos el coche patrulla y nos bajamos. Cada vez estábamos más deslumbrados. Pero de un momento a otro, nada. Todo parecía normal. En principio no le dimos importancia. Pero nos dimos cuenta de que en el camino había rodadas bastante profundas. Rodadas que luego los peritos confirmaron que se trataba de un ciclomotor como el que tenía el señor Rialto. Sin embargo, las huellas no llegaban a su destino. A unos cien metros, cuando ya era visible el emplazamiento de la granja, aquellas huellas desaparecían bruscamente. Tras consultar con la señora de Rialto, ésta nos confirmó que el señor Rialto había salido con su Derby Antorcha, como normalmente solía hacer. Al día siguiente de comenzar la investigación estuvimos en la granja y en los alrededores. Tomamos fotos de las huellas, de la zona donde se cortaban en seco... pero no había nada concluyente. Informamos a la central para ponerlos en alerta por si el señor Rialto aparecía por algún lugar. Sin embargo, aquello era ya muy raro. La señora Rialto, cuando ya estábamos a punto de regresar a la ciudad, se topó con las llaves personales de su marido. Estaban en el interior de la casilla anexa a la granja, en una especie de cocina, sobre el suelo. Sin embargo, según la señora Rialto, cuando fueron a buscarlo con sus familiares antes de avisar a la Policía, todo aquello aparentemente estaba bien cerrado. Por sentido común, las llaves nos decían que Rialto había llegado a su destino, aunque era probable que no hubiera salido de allí. Y entonces nos topamos con las primeras dudas. ¿Cómo puede estar un inmueble perfectamente cerrado sin que el propietario se encuentre en su interior, y sin embargo, sí aparezcan las llaves allí? No tenía sentido. Podía ser que el señor Rialto se encerrara dentro de la granja, quizás asustado por algo. Pero las huellas de la Derby no llegaban hasta el final del camino, justo hasta la granja, sino que a falta de cien metros no había ni rastro. Los especialistas de recogida de muestras y comprobación de huellas determinaron que en la estancia de la granja el señor Rialto no había estado nadie en la fecha de los sucesos. Era una contradicción muy fuerte. Pero era así.”

I.U.: “Claro, y entonces fue cuando apareció la Derby...”

C.P.: “Exacto. Recibimos una llamada mientras estudiábamos las muestras. Era Alfredo, el dueño del bar Archeta, muy cercano del domicilio del señor Rialto. Ávila entera ya estaba en alerta para que informaran si había algún indicio del desaparecido. Entonces llegamos al lugar, y para nuestra sorpresa, allí estaba la Derby Antorcha, apoyada sobre la fachada de dicho bar. La señora Rialto confirmó que era la moto del desaparecido. Sin embargo hay un par de detalles que eran interesantes. El primero es que estaba en las llantas. El segundo es que tenía un pequeño trozo de la manga de una camisa atado en el manillar derecho. Estaba chamuscado. Nos llevamos la moto al depósito de la comisaría. Todo esto era por la mañana. A primera hora de la tarde preparamos la moto para empezar a investigar. Al regresar del breve descanso para el café, ¡ya no había nada! Miramos las cámaras de seguridad. Preguntamos a los compañeros que estaban al otro lado del garaje, justo enfrente de donde habíamos dejado la moto. Nada. Nos pusimos a la búsqueda de la moto por toda Ávila. Pero no encontramos nada. Simplemente se nos esfumó en nuestras narices. Nos metimos en un problema burocrático porque extraviar o perder una prueba en dependencias policiales conlleva graves sanciones.”

I.U.: “¿Qué pasó después?”

C.P.: “El tiempo nos fue comiendo la moral. La señora Rialto puso en venta la huerta. Y la investigación languidecía sin resolución. Pero hubo un par de hechos más que, a mí por ejemplo, me puso los pelos de punta. Uno fue el siguiente: Al cabo de un par de años, más o menos, nos llegó una notificación procedente de la Dirección General de Tráfico. Unos agentes, durante un control rutinario, dieron el alto a un motorista. Lo pararon porque al parecer el faro delantero alumbraba mal. El conductor les comentó que lo cambiaría al llegar a casa. Tomaron nota de la marca y la matrícula del automóvil. Bien, pues... ¡¡era una Derby Antorcha!! Pero lo mejor de todo es que la matrícula era la correspondiente a la que estábamos buscando en la provincia de Ávila. El conductor se identificó como Luis Rialto. Inmediatamente, la comandancia general les avisó que esos datos coincidían con los que teníamos en la brigada de la Policía Nacional en Ávila, y que dicho individuo y su ciclomotor estaban siendo buscados. Entre la parada del motorista y el aviso de la comandancia nos dijeron que transcurrieron escasos cinco minutos. Inmediatamente se pusieron en marcha para darle caza. Sin embargo no volvieron a verlo más. Ellos no se explicaban cómo podía haberse esfumado. El coche patrulla era tres veces más veloz que la obsoleta motocicleta, y en un tramo tan corto de carretera podía haberla alcanzado a los seis minutos como mucho. Pero ni rastro. Se me olvidaba decirte que la comandancia de la Guardia Civil era la de la provincia de Córdoba. Era un sinsentido más.”

“No conformes con esto, al año de haber recibido la notificación de la Guardia Civil, nos llegó un nuevo hecho que terminó por desconcertarnos. J. L., un camionero de un pueblecito al norte de Ávila vino a denunciar que se había topado con un motorista que cumplía la descripción del desaparecido que teníamos en la Policía Nacional. La provincia estaba ya empapelada con la imagen del señor Rialto y su ciclomotor. Él contaba que hacía un recorrido rutinario, pues transportaba abonos y ganado a pueblos vecinos. Lo solía hacer de noche, y más en verano, que fue cuando ocurrió todo. Subiendo un pequeño repecho, se encontró con un viandante que a duras penas podía llevar la moto a pie. El señor le hizo señales para que parase. Como si pidiera auxilio. Paró el camión y bajó a socorrerlo. Subió la moto detrás, haciéndole un hueco entre los sacos de nitrato. Según cuenta J. L., el individuo parecía aturdido, como si no supiera adónde iba o dónde estaba. Se había quedado sin combustible un par de horas antes. Decía haber salido de su casa hacía mucho tiempo, pero no encontraba el camino de vuelta. Después de indicarle el lugar donde se encontraba, el camionero decidió llevarlo a su casa para que descansara, y decidió que por la mañana le prestaría combustible para que pudiera volver. Al llegar a

casa, J. L. bajo del camión y abrió las puertas de su cochera para encerrar el camión. Después, sintió un enorme escalofrío al comprobar que ya no había nadie en la cabina. Corrió a buscarlo en la parte trasera del camión. Pero tampoco estaba ya la moto. Era como si se hubieran esfumado. Cuando fue a la comisaría de la policía local para contarlo, se dio cuenta enseguida de que el hombre que él había “rescatado” se correspondía con el de la foto del cartel de desaparecido que tenían en la puerta. Fue la última vez que supimos algo referente a este caso. A día de hoy, todavía no sabemos nada de la suerte del señor Rialto, ni de la de su vetusta Derby Antorcha. Creo que nunca lo sabremos.”

I.U.: “Capitán, sigamos a lo nuestro... estos casos no son para humanos. Sacaré las carpetas al destructor de papel y lo reciclaremos.”

C.P.: “Lleva razón inspector, los malos recuerdos es mejor que se destruyan.”